

# Homilías

## *Jesuitas de la UCA*

*Domingo XXIII del tiempo ordinario*

*XIV Aniversario de los*

*“Mártires” de la UCA*

*Mons. Jacinto Berloco*

*Nuncio Apostólico*

*(16 de noviembre de 2003)*

Queridos hermanos y hermanas:

Por las lecturas bíblicas que hemos escuchado nos damos cuenta que el año litúrgico está finalizando; durante todo este tiempo hemos ido meditando la globalidad del misterio de Jesucristo, que por nosotros murió y resucitó.

Las palabras de Jesús, que nos relata el evangelista Marcos, pertenecen al gran “discurso escatológico”, que comprende todo el capítulo 13 de su evangelio y precede la narración de la pasión y resurrección del Señor. La escena tiene lugar en el monte de los Olivos, de donde se aprecia una espléndida vista del templo y de la ciudad de Jerusalén. Uno de los discípulos había llamado la atención del Maestro sobre la magnificencia del templo y de las demás construcciones de Jerusalén. Al contestar Jesús que de todo aquello no quedará piedra sobre piedra, cuatro apóstoles (el evangelista precisa los nombres: Pedro, Santiago, Juan y Andrés) le preguntan: “Dinos cuándo sucederá todo eso y cuál será la señal”. De allí arranca el discurso de Jesús acerca de la destrucción de Jerusalén y la parusía,

o sea, la segunda y definitiva venida del Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad.

La idea principal del mensaje de Jesús no es la profecía de la destrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén (que se realizó en el año setenta, por manos de las legiones romanas, conducidas por el general Tito), ni tampoco el anuncio del fin del mundo, sino más bien una exhortación a la esperanza, porque el Señor volverá revestido de fuerza y gloria, porque él ha resucitado de la muerte y vive glorioso para siempre. Jesús asegura su presencia de resucitado, en medio de sus discípulos, y quiere animarlos, y hoy nos anima a nosotros, para que tengamos fe y confianza en él, porque él es el viviente, y un día volverá para reunir a los elegidos y hacerlos partícipes de su misma gloria.

El no promete una vida fácil, una vida sin pruebas y tribulaciones, sino todo lo contrario: "Si el mundo los odia, sepan que antes me odió a mí... Acuérdense de lo que les dije: el servidor no es más que su patrón. Si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes" (Jn 15, 18-20). El profeta Daniel parece decir lo mismo, cuando proclama que "habrá tiempos difíciles". No se necesita mucho para que nos demos cuenta de la verdad de estas palabras del Señor. La historia de los hombres está llena de momentos oscuros, en los que han prevalecido el odio, el deseo de venganza, el egoísmo, el afán de poder y el olvido de nuestros hermanos. También los tiempos presentes son bien sombríos y no faltan tensiones, violencias, falta de respeto a la vida de los demás y olvido de sus derechos y necesidades más elementales. Tenemos la certeza que Cristo resucitado sigue en medio de nosotros y que un día volverá, en la plenitud de su condición de Hijo de Dios y Señor de la historia.

---

El recuerdo de estos hermanos nuestros no es un gesto académico o de conmiseración; él tiene que traducirse en un compromiso para que superemos toda tentación al rencor y a la violencia, para que estemos siempre abiertos al diálogo y a la concertación y trabajemos conjuntamente por la justicia, la defensa para los derechos fundamentales de toda persona humana y el bienestar de todos los salvadoreños.

---

Jesús sigue animándonos con las palabras que dijo a sus discípulos antes de su pasión: "Les he dicho estas cosas para que tengan paz en mí. En el mundo tendrán tribulaciones. Pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo". La victoria de Jesús está en su amor sin condición para con nosotros; está en la ofrenda que él hace de sí mismo al Padre, en sacrificio de expiación de los pecados del mundo. "Con una sola ofrenda —dice la carta a los Hebreos— ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados".



En esta perspectiva de la santificación que se produce en nosotros por el misterio de la muerte redentora de Jesús y de la gloria que él tiene reservada a los elegidos, cuando vuelva al final de los tiempos, podemos enmarcar la conmemoración que hoy estamos haciendo de los seis padres jesuitas y las dos hermanas que hace catorce años fueron sacrificados de una manera tan bárbara. La cita que cada año tenemos con ellos y que hoy realizamos, en esta cripta, en la que reposan los restos sagrados del querido y venerado Monseñor Romero, es para que guardemos viva la memoria de estos hermanos nuestros, que sacrificaron sus vidas por su amor a los hermanos, especialmente a los más pobres y débiles.

El Papa Juan Pablo II, durante el año del jubileo, quiso celebrar públicamente, el 7 de mayo del 2000, en el Coliseo, la memoria de los muchos mártires y testigos de la fe que, especialmente a lo largo del siglo XX, han experimentado el odio y la violencia, a veces hasta la entrega de sus vidas. Decía el Santo Padre, en aquella oportunidad: "Estos hermanos y hermanas nuestros en la fe, que hoy recordamos con gratitud y veneración, constituyen un gran cuadro de la comunidad cristiana del siglo XX. Un mural del evangelio de las bienaventuranzas, vivido hasta el derramamiento de la sangre" (Homilía del 7 de mayo de 2000, en el Coliseo).

El Papa, en distintas oportunidades, ha hecho referencia a todos aquellos que, de una manera u otra, en los diferentes lugares del mundo, han sacrificado su vida por amor a la justicia y por su espíritu de fraternidad universal, y ha exhortado a guardar la memoria de su sacrificio como expresión de gratitud

y estímulo, para imitarles en su generosa entrega. A este respecto, en su reciente exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, dice lo siguiente: “Quiero proponer a todos, para que nunca se olvide, el gran signo de esperanza constituido por los numerosos testigos de la fe cristiana que ha habido en el último siglo, tanto en el Este como en el Oeste. Ellos han sabido vivir el evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, frecuentemente hasta el testimonio de la sangre” (n. 13).

Por eso, sin rencor y perdonando a los responsables de aquella matanza cruel e injustificada de hace catorce años, hoy recordamos con respeto y admiración a los ocho hermanos nuestros que murieron aquel 16 de noviembre de 1989 y los llamamos por sus nombres: Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno, Joaquín López, Julia Elba y Celina Ramos. Su muerte ocurrió en la madrugada, cuando todo estaba a oscuras como para significar el dominio de las tinieblas y del pecado; pero pronto iba a alborear un nuevo día. Su sacrificio sirvió, sin duda, para despertar una nueva conciencia a favor del diálogo y de una solución pacífica al doloroso y largo conflicto fratricida para un futuro mejor para nuestro pueblo.

El recuerdo de estos hermanos nuestros no es un gesto académico o de conmisericordia; él tiene que traducirse en un compromiso para que superemos toda tentación al rencor y a la violencia, para que estemos siempre abiertos al diálogo y a la concertación y trabajemos conjuntamente por la justicia, la defensa para los derechos fundamentales de toda persona humana y el bienestar de todos los salvadoreños. Nosotros estamos convencidos que el sacrificio de los hermanos que hoy recordamos no fue en balde. “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto”, dijo Jesús (Jn 12, 24). Y sabemos que Cristo no sólo enseñó eso de palabra, sino que lo llevó a la práctica, entregando su vida por nosotros, hasta la muerte y una muerte de cruz.

Que sepamos también nosotros desgastarnos por el Señor y por nuestros hermanos; que sepamos, con nuestra actitud de solidaridad y servicio a los demás anunciar al mundo sumergido en la violencia y el desánimo, el evangelio de la esperanza, sabiendo que haciendo el bien y practicando el amor y la justicia, nuestros nombres estarán inscritos —como dice la escritura— en el libro de la vida. “Los sabios, dice el profeta Daniel, brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad”. Y así sea.